

# La valentía de gente común (1.15–22)

*Y habló el rey de Egipto a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifra, y otra Fúa, y les dijo: Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva. Pero las parteras temieron a Dios, y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños. Y el rey de Egipto hizo llamar a las parteras y les dijo: ¿Por qué habéis hecho esto, que habéis preservado la vida a los niños? Y las parteras respondieron a Faraón: Porque las mujeres hebreas no son como las egipcias; pues son robustas, y dan a luz antes que la partera venga a ellas... (1.15–19).*

Sifra y Fúa son dos mujeres, de las cuales es probable que usted jamás haya oído, aunque puede ser que sí recuerde lo que hicieron. Estas dos mujeres fueron damas de gran fe, valentía y propósito.

El Éxodo comienza diciendo: «Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob; cada uno entró con su familia:... Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación» (1.1–6). No sabemos cuántos años pasaron desde el momento en que el Génesis terminó, hasta el momento en que el Éxodo comenzó. Lo que sabemos es que toda una generación —compuesta por José, sus once hermanos, y el padre de éstos— murió durante ese período de tiempo.

«Y los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra...» (1.7–8). Hasta ese momento, los faraones, gobernantes de Egipto, habían tratado bondadosamente a los descendientes de Jacob, permitiéndoles a éstos vivir en la rica región de Gosén y criar su ganado. Una vez que estos líderes pasaron, otro grupo tomó el poder. Muchos eruditos bíblicos coinciden en creer que es toda una nueva dinastía la que se da a entender aquí, un grupo de reyes que no conocían a José ni a su pueblo. Mientras tanto, los descendientes de Jacob se multiplicaban. Un comentarista dice que las palabras que describen el aumento de la población de Israel, daban a entender que los hijos de Israel «pululaban». La tierra se llegó a llenar completamente de esta gente.

Y dijo Faraón a su pueblo: «He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros,...» (1.9–14). El gobernante de Egipto reconocía que había más israelitas que egipcios en Egipto. Temía que se unieran a los enemigos de Egipto y pelearan contra ellos, así que, concibió un plan: Someter a los israelitas a la esclavitud. Los esclavos israelitas edificaron las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés. No obstante, el plan de Faraón no funcionó. Los israelitas siguieron multiplicándose a pesar del matador trabajo. Al ver que su primer plan no funcionó, Faraón propuso un segundo plan:

*Y habló el rey de Egipto a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifra, y otra Fúa, y les dijo: Cuando asistáis a las hebreas en sus partos, y veáis el sexo, si es hijo, matadlo; y si es hija, entonces viva. Pero las parteras temieron a Dios, y no hicieron como les mandó el rey de Egipto, sino que preservaron la vida a los niños (1.15–18).*

El plan alternativo de Faraón consistió en mandarles a las parteras hebreas (mujeres que asistían a otras mujeres a dar a luz a sus niños) que mataran a los varones que nacieran, pero las parteras no lo hicieron.

Entonces, Faraón concibió un tercer plan, el cual era más horrible que los dos anteriores planes. Mandó

que todo varón que les naciera a los hebreos, fuera echado al río Nilo (1.22).

Sifra y Fúa son nuestras dos heroínas. Sifra significa «la hermosa», y Fúa significa «la fragante». Tal vez Faraón, en todo su esplendor y poder, hizo venir a estas mujeres a palacio. Imaginémosnos que nos llaman a la Casa Blanca, y miramos el esplendor de la Casa Blanca, y las personas que trabajan para el Presidente. Si el Presidente en persona adoptara un tono severo y nos mandara que hagamos algo para él, ¿no nos causaría ello una gran impresión?

El dictador de todo Egipto les habló a estas mujeres, y ellas se desmoronaron. Estaban sobrecogidas de temor por este hombre de gran poder, fortaleza y carisma; y ¿habían hecho lo que él les había pedido que hicieran? ¿Verdad que sí? ¡Pues no! Aunque su respuesta no se consigna en las Escrituras, ellas decidieron que por su creencia en Dios, no iban a matar a los niños hebreos. Cuando las llamaron por segunda vez, ellas sabían de qué trataba la reunión. Iban a ser castigadas por no haber cumplido lo que les mandó el gobernante de Egipto. Las parteras respondieron ingeniosamente que las mujeres hebreas eran más robustas que las egipcias. Lo anterior no fue precisamente un cumplido para las mujeres egipcias. Le dijeron a Faraón: «Para cuando llegamos al parto de una hebrea, ya la madre ha dado a luz al niño».

En vista de la fidelidad de estas mujeres, Dios las bendijo haciendo prosperar sus familias. Es probable que esto signifique que Dios les dio que tuvieran sus propias familias. Me impresionan dos cualidades que tenían estas mujeres.

### FUERON VALIENTES

Estas dos mujeres fueron valientes. Aunque Faraón tenía el poder de tomar sus vidas, ellas no se echaron atrás en su compromiso con Dios y con el pueblo de éste. Estaban preparadas para pagar el más alto precio, sus propias vidas, para honrar a Dios y proteger al pueblo de éste. Toda lista de personas valientes del Antiguo Testamento que incluya a David, a Elías, a Daniel y a Jeremías, estaría incompleta sin estas dos mujeres, Sifra y Fúa. Ellas fueron valientes durante un tiempo cuando el pueblo de Dios carecía de líderes. No había habido revelación especial de Dios por muchos años. Ellas sólo conocían las promesas que les habían sido transmitidas por sus antepasados, en el sentido de que Dios haría de los descendientes de Jacob una gran nación. De no ser por Sifra y Fúa, bien podría no haber llegado a existir la gran nación de Israel.

La hermosura de su valentía es que estaba

arraigada en la reverencia a Dios y en la fe en Él. Isaías, instando a Israel cientos de años después, tuvo la valentía de expresar: «... ni temáis lo que ellos temen, ni tengáis miedo. A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor, y él sea vuestro miedo» (Isaías 8.12b–13). Pablo dijo a Timoteo: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2ª Timoteo 1.7). Los hijos de Dios, cuya fe descansa en él, tienen acceso a la valentía y al poder que provienen de Dios.

Imagínese la valentía que necesitan los cristianos hoy día. Se necesita ser valientes para ir al lugar de trabajo donde hay personas hostiles al cristianismo que nos persiguen, nos ponen en ridículo y tratan de debilitarnos. A menudo, en la escuela, a los compañeros de clase no les importa Dios, y si les importa, no hablan de Él. Se necesita ser valientes para decirle a un maestro o profesor que no podemos creer en lo que enseña sobre la evolución, que somos criaturas hechas por Dios y a imagen de éste. Se necesita ser valientes para hablarle a un amigo acerca del evangelio, ser valientes para vivir rectamente ¡cuando a nadie más le importa vivir rectamente! Se necesita ser valientes para decirle «No» a la inmoralidad, cuando todo mundo le dice «Sí». Se necesita ser valientes para decirle «No» a la bebida y a las drogas cuando todo mundo desea «pasarla bien».

Se necesita ser valientes para que alguno de nosotros vuelva al Señor, se arrepienta de sus pecados al frente de sus amigos y pida perdón sabiendo que las personas saben acerca de sus pecados. Cuando podemos hacerles frente a nuestros temores y vencerlos, ¡debemos darle gracias a Dios! ¡Él es la razón de nuestra victoria!

El incalculable número de mártires desconocidos cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida del Cordero, no tuvo temor de nada excepto de Dios Todopoderoso. Confiaron en que cualquier cosa que les sucediera, el Señor podía ayudarles a sobrellevarla.

Policarpo vivió a comienzos del segundo siglo en un tiempo de gran persecución contra los cristianos. Se dijo de él que fue un líder de la iglesia de Esmirna. Se rehusó a confesar a César como Señor, y los oficiales lo arrestaron. Fue juzgado y llevado al estadio, donde ciertamente le darían muerte por confesar a Cristo. Estando en el estadio, a Policarpo se le dijo otra vez que pronunciara el juramento que decía: «César es el Señor». Esto fue lo que dijo: «Ochenta y seis años he sido siervo de Cristo, y ningún daño me ha hecho. Cómo, entonces, podré blasfemar contra mi Rey que me salvó».

Aunque el magistrado insistió, Policarpo no se retractó. Selló su suerte con estas palabras: «Si ustedes esperan que yo declare que César es el Señor, entonces, no pretendan no saber qué soy yo. Oigan solamente esto: Yo soy cristiano». El procónsul lo amenazó de morir devorado por animales salvajes, pero eso no lo impresionó. Cuando todo parecía indicar que no negaría al Señor, le ataron a una estaca. Cuando preparaban la hoguera para quemarlo vivo, hubo testigos que lo oyeron decir: «Te bendigo, Señor, que me has dado este día y esta hora, cuando puedo tomar parte juntamente con el número de mártires que están en la copa de Cristo, para resucitar a vida eterna. Te alabo. Te bendigo y te glorifico mediante el eterno y celestial Sumo Sacerdote Jesucristo. Amén». Al terminar esta oración, la hoguera fue encendida.

¿Estaremos listos a morir por nuestra fe? ¿Haríamos tal confesión? Cuán gran pena es que, siendo la presión ejercida sobre nosotros considerablemente menor, hayamos negado al Señor. Cuando las conversaciones giran en torno a cosas espirituales, nos apartamos, apenados y llenos de temor.

Esté advertido: No hay terreno neutral entre la valentía y la cobardía. Si usted ha estado sucumbiendo bajo la presión del mundo, a ceder y a pecar, si usted ha tenido temor de lo que podría suceder si le entrega su vida de todo corazón al Señor, entonces, está en peligro de perder su alma. Los cobardes estarán en la misma categoría de los abominables, los homicidas y otros pecadores (Apocalipsis 21.8). Ellos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre.

¡La frase: «Tengo miedo», no podrá ser usada como excusa para no hacer la voluntad de Dios para su vida!

### HICIERON LO QUE PUDIERON

Los israelitas estaban siendo dolorosamente perseguidos. Las cosas hubieran empeorado si estas mujeres le hubieran hecho caso a las órdenes de Faraón. Podrían haber dicho: «No podemos detener la crueldad. ¿Por qué no sencillamente nos rendimos? Es inútil pelear contra Faraón». Aunque estas mujeres no podían pelear contra Faraón, había algo que podían hacer en favor del pueblo de Dios.

Otra mujer hizo lo que pudo por el Hijo de Dios. Este hermoso evento, el cual ocurrió cerca del final de la vida de Jesús, se registra en Marcos 14.3–9. Jesús estaba cenando a la mesa de Simón el leproso en Betania. Mientras comían, una mujer se le acercó a Jesús con un frasco de alabastro que

contenía un caro perfume. Ella derramó el perfume sobre la cabeza de Cristo. Éste dijo: «Esta ha hecho lo que podía». Esta mujer hizo lo que podía con lo que tenía. Ella no podía ser una de las integrantes del círculo íntimo de los amigos de Jesús. Ella no podía detener la marea de eventos que llevarían a la crucifixión de Jesús, pero sí podía expresar su amor ungiéndolo con perfume.

Las parteras hebreas no podían impedir que Faraón pusiera en marcha su horrible plan de sobrecargar con trabajos a los israelitas, pero sí podían impedirle que matara a sus niños. Arriesgaron sus vidas y lograron detener una masacre. ¿Qué es lo que usted puede hacer? ¿Cuáles son sus dones y talentos? ¿Qué es lo que le gusta hacer? Considere sus talentos y habilidades: En ellos reside su ministerio. Usted puede darle algo a Dios.

### CONCLUSIÓN

Este poema expresa una importante idea acerca de dónde se encuentra nuestro ministerio:

«Padre, ¿dónde debo trabajar hoy?».  
Y mi amor fluyó cálido y libre.  
Luego Él señaló hacia un diminuto sitio y dijo:  
«¡Cuida de ello por mí!».  
Yo respondí de inmediato: «¡Oh no! ¡Eso no!  
Porque nadie me vería,  
¡Por más bien que hiciera mi trabajo!  
¡Ese pequeño lugar no es para mí!».  
La palabra que hablé, no fue severa.  
Con ternura respondió:  
«Pequeño, escudriña tu corazón;  
¿Estás trabajando para ellos o para mí?  
Nazaret fue un lugar pequeño, y también lo fue  
Galilea».

Dios quería que Moisés ayudara con la división del Mar Rojo. Lo que Él desea de nosotros puede ser menos espectacular, pero no menos importante. En su vida, una persona de valor inestimable, necesita que usted la anime, le enseñe, vele por ella. Hay trabajo que debe hacerse para el Señor, el cual usted puede hacer. ¿Hará usted lo que puede? Sifra y Fúa lo hicieron. Se les recuerda ahora y por la eternidad, por su valentía al hacer lo que pudieron con poderosos factores en contra. ■

### *Divisiones del libro de Éxodo*<sup>1</sup>

El contenido de Éxodo puede dividirse en dos partes: 1) la parte histórica (capítulos uno al dieciocho), y 2) la parte legislativa (capítulos diecinueve al cuarenta).

<sup>1</sup> L.A.T. Van Dooren, *Introducing the Old Testament (Introduciendo el Antiguo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1967), 27.